

I X

ENGUERA YA TIENE SU CAMPO DE FUTBOL

En los primeros años de la posguerra; cuando en la pizarra de siempre, se anunciaba la celebración del partido de futbol del domingo siguiente, siempre se podía leer el anuncio de la celebración de un encuentro entre el equipo forastero y **“Nuestro Potente C.D. Enguera”**. Aquello funcionaba, sobre todo, por el entusiasmo general y la aportación económica especial con la que generosamente contribuía el Médico del pueblo, don Pedro Muñoz Pérez.

El equipo local siempre reforzaba su demostrada potencia con jugadores venidos del exterior, entre los cuales recuerdo los nombres de Colás, Gandia, Monerris, Torretes y el Chatet. Creo que este último jugaba de delantero centro, se situaba de espaldas a la portería contraria y, cuando le llegaba el balón, daba una voltereta y acababa con la espalda y el resto del cuerpo en el suelo, pero alguna vez metía gol. Y aquí siempre me acuerdo de mi amigo Cabanillos que jugaba de extremo derecho, juntaba las manos en su cogote y se servía de ellas para impulsar el balón con la cabeza en la buena dirección. Y cuando esto sucedía se oía la imponente voz de “La Dolorosa” que le gritaba: “Cabanillos deja de bailar las danzas”.



Todo esto está entre mis recuerdos y supongo que es verdad y que no lo he soñado pero, de cualquier manera, cuento con que a estas alturas, desgraciadamente, quedarán pocos aficionados de aquella época que me puedan rectificar. Resultaba un buen equipo y, sobre todo para nosotros, los niños de la época, eran merecedores de ser internacionales todos, sin excepción.

El campo de “batalla balón-pédica” estaba situado en el llamado entonces “Campo del Pencar”, en donde era muy difícil que nadie se colase. Algo se veía desde la carretera de circunvalación (hoy una

espléndida avenida) que estaba como ahora a la misma altura que el campo, pero entonces ambos estaban separados por una hondonada con la misma profundidad aproximada que las casas “del hondón”.

Y ¿con quiénes jugaba y a quienes se enfrentaba nuestro C.D. Enguera? Pues que yo recuerde al que no se enfrentaba era al Olímpico de Játiva, (Badal) porque militaba en una superior categoría, pero si lo hacía con el “Alcoyano”; y lo recuerdo porque este se fue haciendo grande y famoso, ayudado “por el entusiasmo” del destacamento militar radicado en la ciudad, escalando puestos y categorías hasta que, según creo, llegó a la Primera División Nacional. Y el Enguera, aunque en alguna ocasión le ganó, siguió compitiendo modestamente en la Primera Categoría Regional.

Creo que, aunque “de prestado”, el campo de Enguera era el único que existía en toda la Canal de Navarrés, y aún puede que lo fuera de todo el Distrito. Y aquella afición que venía, en el pueblo, desde el principio de los años veinte, vio desaparecer el “Pencar” como campo de futbol; y ella también desapareció como “torcida” local. Lo cierto es que de momento, el futbol se acabó en Enguera a finales del año 1941 o en 1942. No sé por qué circunstancia, pero se le devolvió a su dueña “el campo del Pencar” y se terminó temporalmente el inmortal CD. Enguera, cuya resurrección tardó en llegar algunos años.

Pero en cuestiones de descubrimientos, la iniciativa la tenían los grupos de “gente menuda” que siempre han sido muy tenaces y porfiadores. Pues con pelota de trapo bajo el brazo daban vueltas por el pueblo; y en donde encontraban un ensanche, e incluso en las plazas, soltaban la pelota en el suelo y a darle patadas, y el que más podía para él, hasta que los tiraban del lugar: ***“Chiquetes irse al alto de la plana o a darle guerra a vuestras madres”***. Ahora bien, aquellos primerizos exploradores tenían un valladar como contención, llamado **Saturnino**, quien creo que con su voz imperiosa y amenazante solo prohibía una sola vez: ***“¡Barbaros a Fraga!”***. Y bastaba, porque la chiquillería desaparecía.

Pasado el tiempo y en parecidas circunstancias, debió pasar lo mismo con las generaciones siguientes, porque nuestro “gusano favorito” era la afición hacia la “práctica del peloteo” y quien tenía una pelota tenía también muchos amigos y el que tenía un balón acaparaba a toda la afición. Y la matamos durante algún tiempo en los aljibes y en la recta de la carretera de salida del pueblo por arriba, y hasta en dos eretas juntas que había al final de la calle del Santísimo, frente a donde está ahora el Cuartel de la Guardia Civil.

Y pasado no mucho tiempo vimos que en la parte delantera de la Fábrica de Piqueras había un ensanche triangular donde uno de los lados

era la prolongación de la fachada de la fábrica y otro era un ribazo del campo de arriba que llegaba hasta el barranco que con su cauce dejaba cerrado el campo en un triángulo irregular.

Creo que era un terreno que en sus orígenes soportaba las ramas para el secado de los fabricados y que, trasladadas estas al final de la fábrica dejó de utilizarse específicamente y solo era ocupado ocasionalmente.

Allí fuimos a instalarnos nuestra pandilla medio a escondidas y para entendernos entre nosotros y evitar dar a conocer públicamente a dónde íbamos, lo designamos como “Mestalla”.

Supongo que los amos conocieron nuestras pequeñas ocupaciones temporales del lugar, pero lo cierto que los trabajadores que salían a hacer alguna faena residual en dicho campo, nos verían y pensarían “¿para qué vamos a sacarlos de aquí si no hacen males; y los amos lo sabrán ya y no han dicho nada? Pues que jueguen lo que quieran mientras no perjudiquen”. Y allí fuimos a instalarnos, con el beneplácito mudo de los amos, y empezamos a jugar. Y la gente fue despertando y aumentando, y la afición también. Primero fuimos unos pocos los que esporádicamente visitábamos el lugar, luego algunos más y al final un montón. Y en este montón incluyo a la gente mayor que, viendo la soltura y poca vergüenza con la que los “crianzos” pateábamos el campo aquel, decidieron imitarnos y hasta formaron equipos que acabaron jugando partidos todos los domingos y fiestas de guardar, y así se generalizó el nombre de Mestalla, para designar a aquel lugar.



Expulsados los pequeños “exploradores” y demás gente menuda de aquel “paraíso futbolístico”, yo empecé a darle la lata a mi padre por el hecho de que un pueblo “tan importante como Enguera” no tuviera ni siquiera un “miserable campo de futbol” donde la juventud pudiese darle gusto a su afición y no tuviese que meterse en los bares. Y él, que siempre me contestaba o retrucaba según el asunto del que le hablara, en este caso del futbol no tenía nunca palabras para contestarme. Hasta que llegó del

Ayuntamiento, un día a la hora de la comida y, sentados a la mesa, antes de empezar a comer me dijo:

“Ya tenéis campo de futbol” y me señaló un campo que pertenecía al Hospital; y que, a partir de ese día ha sido, es y será el Campo de Futbol de Enguera. Me dijo que lo destinaba a toda la juventud de Enguera pero **“lo pongo a nombre del Frente de Juventudes, para que tengáis preferencia los más jóvenes y los mayores no se apoderen de él, monopolizando su uso en perjuicio de la juventud”**.

Acabamos de comer, yo casi no comí, cogí una pelota de trapo, me fui a buscar a mis amigos y nos fuimos todos juntos a inaugurar por nuestra cuenta el nuevo campo de futbol. Y lo que más recuerdo de ese momento eran los resaltos de los rastros que habían quedado después de la siega del campo; pero esta circunstancia no debilitó nuestro entusiasmo en un partido más arrastrado que jugado en un todos contra todos.

Se empezaron a formar equipos: “Los estudiantes” que éramos nosotros y algún agregado; “la música” de Ramonet “el de Julián”, y Blayet “el del Bajo”; “el Enguerino” de Angel “el portero” y Domingo. Y así sucesivamente hasta llegar, que llegaron. “El Textil” y el “Tarroz”. Después los equipos mejoraron y aparecieron: El “Hokey” (Español), entrenado por Pepico Serrano; el River Plate (Ibérico), entrenado por Madalena; y otros más, como el Huracán de Juanito el Castellano. Y con esta demostración sobra, porque no quiero forzar más mi memoria.

Con estos últimos y otros más se hizo un campeonato en el Frente de Juventudes que ganó el “River Plate” (Ibérico) Y enseguida vinieron también los partidos del “Textil” contra el “Tarroz”.

Durante el transcurso de aquellos primeros años, en que la afición por el futbol era solamente eso: “afición”; muchos padres veían este deporte como una amenaza para sus economías domésticas. Y es que los “moñacos” rompíamos muchas “espardeñas”; y la consecuencia era que muchos padres no querían que sus hijos jugasen al futbol, y muchos hijos sí que querían jugar al “balón-pie”, que era una manera cursi de llamar a la misma cosa. Así es que, en algunas ocasiones, tuvimos que hacer rondas para recoger alpargatas, botas o zapatos viejos en buen uso, para que nuestros amigos, (*“Miguelín Riberetas”*), nos los tiraran desde los balcones o ventanas de sus respectivas casas, para evitar que sus familias se enterasen del tipo de estraperlo que llevábamos entre manos.

Y, por último, reseñar un par de casos que, en aquella época, asustaron a muchos padres, que todavía no habían transitado el Camino de Damasco, como San Pablo, y que desconocían lo bien que les podía ir a sus hijos si el cuerpo y, sobre todo, las piernas y pies les salían especialmente bailarines.

Fueron dos casos de verdadera mala suerte e inexperiencia que se sucedieron en el transcurso de quince o veinte días, con rotura de piernas incluidas. Los dueños de las piernas fueron Salvador Sanchiz “Ayoreta”, en un desgraciado choque con el portero del Enguerino, Angel; y el otro Joaquín “Chavo-Chimo”, que no recuerdo con quien tropezó. Tal vez con Cozar. Y una vez citado este nombre, señalare al defensa “Cozar” que en lugar de pierna tenía un cañón. Y cuando se jugaba con equipos forasteros y se les pitaba un penalti, todo el campo era un clamor: “Cozar”, que lo tire “Cozar, Cozar, Cozar:” Y allá que iba el tío, que era defensa a darle gusto a la afición y a su “cañoncito pum”. Y el portero contrario, sin saber lo que se le venía encima pero acongojado por tanto vocerío con el augurio de que “iba a ir a parar al barranco”.

Estos dos sucesos nos dejaron mentalmente mermados para la práctica de este deporte durante algún tiempo y dieron alas a los prohibicionistas: “Mante no juegues al futbol que te trencarás una pierna”. Y no veas lector con la precaución con la que se llegaba a tocar la pelota. Menos mal que el tiempo lo arregla todo y el futbol continuó en Enguera y ha llegado hasta nuestros días.

